



CARTA DEL SR. OBISPO DE OSMA-SORIA MONS. GERARDO MELGAR VICIOSA

Fiesta de la Sagrada Familia

Mis queridos diocesanos:

Hoy, festividad de la Sagrada Familia, es un día muy propio para hacer una reflexión sobre la realidad familiar en general y sobre nuestra propia familia en particular.

Permitid que os cuente hoy la historia de una familia.

Esta es la historia de Juan y Ana. Un día se conocieron en una boda de unos parientes. El amor, lleno de fuerza, nació en sus corazones. Después de dos años de novios se casaron y -fruto de su amor- nacieron sus dos hijos: José y Clara.

El jornal de Juan no daba para hacer muchos excesos, pero sí para alimentar y vestir a su familia y dar estudios a los hijos, aunque para ello, muy pocas veces, se pudieran dar un capricho.

Desde muy pronto enseñaron a sus hijos, con su palabra y con su ejemplo, lo valioso del sacrificio y la renuncia para toda persona en la vida, la importancia del amor en la familia y el puesto que Dios debía ocupar en ella.

Juan era un hombre muy recto y a la vez- muy cariñoso, tanto con su mujer como con sus hijos, a los que conocía bien, pues dialogaba mucho con ellos. Honrado como el que más, sacrificado y trabajador para sacar adelante a su familia.

Ana era una mujer amante y generosa con su marido y con sus hijos. No le importaba ceder de sus derechos con tal de que ellos se sintieran bien y que el clima de la casa fuera realmente un clima familiar que rezumaba amor y paz por todos los costados. Ni para su familia ni para sus vecinos escatimó nunca tiempo, ni dedicación, ni ayuda, ni horas de sueño, cuando le necesitaban.

Juan y Ana rezaban juntos al acostarse, pidiendo a Dios por sus hijos, para que tuvieran salud y fueran felices. También le daban gracias por todo cuanto constantemente recibían de su mano.

A medida que los hijos iban creciendo y se iban dando cuenta de las cosas, ellos se preocuparon de enseñarles a rezar, les explicaban su estilo, quién era Dios para ellos y el gran valor que daban a la fe en Él. Les enseñaron a descubrir a Dios presente en todos los acontecimientos de la vida.

Juan tenía a su padre muy anciano viviendo solo en el pueblo. Un día le avisaron que había caído gravemente enfermo y, en diálogo con su esposa Ana, decidieron que no podía seguir por más tiempo solo en el pueblo y -aunque tenían

no pocas dificultades para tenerle con ellos en la casa pues su piso era muy pequeño- se lo trajeron. Se estrecharon todos un poco y aquel anciano murió rodeado de cariño, en compañía de sus hijos y nietos.

Juan y Ana se daban cuenta de que se estaban haciendo mayores, sobre todo mirando a sus hijos, que habían terminado su carrera en la universidad y habían encontrado pareja y se habían casado.

Entre ellos, muchas veces, comentaban lo mucho que los hijos habían cambiado, sobre todo en la valoración de lo religioso, por el influjo del ambiente de la universidad, y el haberse casado con personas que esto no lo valoraban por proceder de otra clase de familias.

Los hijos también notaban este cambio que se había producido en ellos. Muchas veces se acordaban de la forma de comportarse tan honrada y recta de sus padres y de lo importante que era Dios en aquella familia. Para ellos ya no era lo mismo en sus respectivas familias.

Clara, la hija, recordaba -sobre todo- el buen humor y la alegría que normalmente mantenía su padre en casa, el mucho tiempo que dedicaba a estar con ellos y a demostrarles su verdadero amor, a escucharles en un clima de sosiego y de paz. Recordaba cómo aquello les hacía sentirse bien y a gusto, contrastándolo con el poco tiempo que ellos ahora disponían para dedicarlo a esto que ella tanto valoraba en sus padres.

Tanto Clara como Pedro, los hijos de Juan y Ana, notaban la ausencia de Dios en sus vidas y la falta de valoración de la fe y de lo religioso en sus respectivas familias.

Y es que, poco a poco, habían ido descuidando su fe y el cultivo de los valores religiosos tanto personalmente como en la familia, y su hogar se había ido convirtiendo en un hogar casi pagano.

La fe que a ellos les habían transmitido sus padres, ellos la habían descuidado con sus hijos, inculcándoles únicamente que debían ser unos buenos estudiantes para sacar una buena carrera y ganar mucho dinero.

Ana, su madre, con sus muchos años, cayó un día muy enferma y murió. Entonces comenzaron los devaneos entre ellos sobre qué van a hacer con su padre, que también es muy anciano y necesita que alguien le cuide.

Lo hablaron un día y otro y siempre llegaban a la conclusión: no tenían sitio en el piso para meter a otra persona más; además les iba a quitar toda su libertad de movimientos.

Así pasaron los días y su padre seguía solo. Ellos -en su interior- seguían pensando una y otra vez que tenían que dar una solución a la situación de su padre, pero no acababan de decidirse.

Mientras esto ocurría, su padre cayó enfermo, le hospitalizaron y -a los dos días- murió.

Esta es la historia, que dejo a vuestra consideración para que cada uno saque sus propias conclusiones en un día como hoy en el que celebramos la festividad de la Sagrada Familia.

Que Jesús, María y José sigan ayudando a nuestras familias. ¡Feliz fiesta de la Sagrada Familia!

Con mi afecto y bendición.

✠ Mons. Gerardo Melgar Viciosa
Obispo de Osma-Soria